Strange and Beautiful

Strange and Beautiful

Poly Godoy

CROSS BOOKS

Este libro no podrá ser reproducido,
total ni parcialmente, sin el previo
permiso escrito del editor. Todos los
derechos reservados.

Queda expresamente prohibida la
utilización o reproducción de este libro
o de cualquiera de sus partes con el
propósito de entrenar o alimentar sistemas
o tecnologías de inteligencia artificial.

© 2026, Poly Godoy
Derechos exclusivos de edición
© 2026, Editorial Planeta Chilena S.A.
Avda. Andrés Bello 2115, 8º piso,
Providencia, Santiago de Chile

Ilustraciones:: Javiera Molina @ichigojamu3u
Diagramación: Ricardo Alarcón Klaussen

1ª edición: enero de 2026

ISBN: 978-956-6419-27-3
RPI: 2025-A-11912

Impreso en: CyC Impresores Ltda.

«Dejé de preguntar cómo y lo hice.
La cabeza es demasiado sabia; el corazón es todo fuego»

MAGGIE STIEFVATER

Para los que están perdidos y en silencio:
el primer paso es atreverse.

Nota de la autora

Antes de comenzar, me parece importante advertir que este libro aborda temas sensibles como la violencia, enfermedades físicas, segregación, discriminación, experimentación con personas y animales, ligeras menciones a la autolesión y algunas escenas de contenido para mayores de edad. Lo comento porque creo en leer con responsabilidad y respetar nuestros propios límites.

Prólogo

SIETE AÑOS ANTES

La luz sobre sus ojos lo cegaba, parecía que rebotaba por las paredes blancas y asépticas del lugar. Escuchaba un goteo. ¿Acaso era suero? Podría darle una pista sobre lo que le harían. Sin embargo, se concentraba en imaginar que estaba en otro lugar, lo suficientemente lejos, para ignorar el olor a desinfectante, el sonido de los utensilios contra el metal y los pasos de los dos hombres en la sala. Hablaban, pero él no escuchaba.

Estuvieron tocando su cuerpo para posicionarlo en el lugar correcto de la fría camilla, mientras él imaginaba que estaba afuera, con los demás, al lado de Mars.

Tiritaba y era lo mismo que confesar que estaba muriendo de miedo. En cualquier momento podían conectarle un monitor cardíaco y, entonces, ya no haría falta verlo temblar: el pulso acelerado bastaría para delatarlo, exponiendo lo cobarde que en realidad era, por más que intentara fingir lo contrario.

¿Cómo no ser cobarde en una situación así? ¿Qué significa ser valiente cuando unas manos frías sujetan un brazo, clavan una aguja y un líquido espeso hiela por dentro? Nadie puede con algo así. Nadie puede fingir que no siente miedo mientras la sangre se endurece como plomo.

Sin aviso. Sin cuidado.

Nadie podría ser valiente ni cobarde. Simplemente se es objeto de experimentación de unos «doctores» que trabajan a escondidas «por el bien de la ciencia» en un cuarto oculto detrás de un orfanato de State Island.

—Abre los ojos —le dijo una voz fría y aguda—. No quiero usar la fuerza contigo.

No los abrió.

—Vamos, ojos abiertos.

No lo hizo. Aguantó incluso una vez que el hombre le sujetó la cabeza entre las manos enguantadas para aplicar una fuerza brutal que ni el miedo podría igualar. Otro par de manos le abrió los

párpados a la fuerza, antes de que el líquido ardiente encendiera un ardor insoportable en sus ojos.

Se mordió el labio inferior hasta sangrar, todo con tal de aguantar el grito que se deslizaba por su garganta.

—Recuerda que gritar solo lo empeora.

Necesitaba hacerlo. Los ojos le ardían como si estuvieran quemándose bajo unas brasas encendidas.

Quería gritar. Quería romperse la garganta gritando.

—Por favor, por favor, por favor... —rogó en silencio.

Empezó a escuchar los latidos de su corazón y deseó estar inconsciente.

—No lo volveré a hacer —murmuró, aunque fuera una mentira—. Lo juro, no lo volveré hacer. —Lo haría cada vez que su hermano sintiera hambre.

El cuero cabelludo aún le dolía luego de ser arrastrado, pero no tanto como el ardor en los ojos, que quemaba tanto como un grito ahogado que luchaba por salir.

—Eso es, compórtate como la escoria inútil que debes ser —dijo el hombre con fingida ternura—. Porque eso eres, no lo olvides: una abominación, un desecho inhumano —su tono suave de voz era una tortura—. Doctor, esta vez sin anestesia —dijo condenándolo.

Le dio una palmada condescendiente en el brazo, el muy cabrón, antes de apretar con fuerza y permitirle al otro hombre acercarse a él con un objeto metálico parecido a un bisturí. La luz blanca se reflejaba en la hoja iluminando, por un instante, un terror helado en su pálido rostro.

Abrió los ojos para verlo y las lágrimas, en vez de aliviar, multiplicaban el dolor, extendiendo la quemazón por cada rincón de sus globos oculares.

Nadie podía ser valiente en esa situación, tampoco nadie podía juzgarlo por acobardarse y gritar, porque eso hizo: gritó hasta que lo amordazaron.

Juno sintió el bisturí cortándolo y un grito crudo y desesperado, lleno de espasmos y lágrimas, lo dejó inconsciente de dolor.